

hubiese podido hacer el nuevo cesto para el pato.—*GREGORIO*: Claro, y eso es lo que ante todo tenía que ocuparle á usted.—*EDUVIGES*: Sí, porque el pato es mío.—*GREGORIO*: *Eso es lo que él es*».

Ahora, algunos ejemplos de frases de apariencia excesivamente profunda, pero que en realidad, no significan nada ó no son más que tonterías.

La señora Linde (*Casa de muñeca*, P. 178), se expresa así: «Hay que reconocer que son, sobre todo, los enfermos los que necesitan ser cuidados», á lo cual Rank responde muy profundamente: «Claro; esa es la manera de ver que cambia á la sociedad en hospital». ¿Qué significa esta meditativa palabra de oráculo? ¿Piensa Rank que la sociedad es un hospital porque cuida á sus enfermos, y que no habría enfermos si no los cuidase? ¿Los enfermos no asistidos, ¿dejarían por eso de estar enfermos? Si así lo cree, cree una tontería. O bien, ¿debe dejarse morir á los enfermos sin cuidarlos y desembarazarse así de ellos? Si predica eso, predica una barbarie y un crimen, cosas que no concuerdan con el carácter de Rank, tal como se presenta en la obra. Que se les den las vueltas que se quiera á estas palabras misteriosamente obscuras, nunca se encontrará otra cosa más que una tontería ó un contrasentido.

Rosmer (*Rosmersholm*, P. 223), dice que «quiere emplear todas las fuerzas de su ser en este único objeto: el advenimiento en este país de la verdadera justicia popular»¹. Y cosa extraordinaria, las personas á quienes dice eso hacen todas como que comprenden lo que es la «verdadera justicia popular»: Rosmer por lo demás da, sin que nadie se las pida, algunas explicaciones de su sentencia pítica: «Designo al juicio popular su verdadera misión... la de dar la nobleza á todos los hombres del país... libertando los

¹ El traductor francés ha cometido el error de reemplazar aquí las palabras «justicia popular» por las de «soberanía popular», de que no se trata en modo alguno en el texto original.—*N. del T.*

espíritus y purificando las voluntades... Quiero despertarlos. A ellos les toca luego obrar... por su propia fuerza. No hay otro... Los espíritus necesitan paz, alegría, reconciliación». Rebeca le repite su programa (P. 262): «Querías entregarte á la vida activa, á la vida intensa de hoy, como decías; ir de hogar en hogar á llevar la palabra de libertad, á ganar los espíritus y las voluntades, á dar la nobleza á los hombres, en todas partes á la redonda,—ensanchando cada vez más tu círculo. ¡La nobleza!—*ROSMER*; ¡La nobleza y la alegría!—*REBECA*; Sí, y la alegría.—*ROSMER*: Porque la alegría es lo que ennoblece á las almas». No puede uno representarse sino como algo muy divertido esta acción de Rosmer, «yendo de hogar en hogar», «ensanchando cada vez más su círculo», «dando la nobleza y la alegría á las gentes á quienes se dirige», «despertándolos», «purificando su voluntad» y fundando así el «verdadero juicio popular». Este galimatías, en verdad, no es comprensible; pero sin embargo debe significar algo agradable, porque Rosmer dice expresamente que necesita «alegría» para crear «seres de nobleza». Y, á pesar de eso, Rebeca descubre de pronto (P. 212) que «el espíritu de los Rosmer ennoblece, pero mata la felicidad». ¿Cómo? ¿Rosmer mata la felicidad, cuando va «de hogar en hogar», «despierta», «purifica», «lleva la libertad», etc., y «da la nobleza y la alegría?» La palabra «alegría» implica sin embargo, al menos un poco de felicidad y empero la educación de los hombres en «seres alegres y nobles ha de matar la felicidad». Que á Rosmer le parezca (P. 306), que «la misión de ennoblecer los espíritus no le conviene, en modo alguno y que, por lo demás, la causa en sí misma es tan desesperada», se comprende hasta cierto punto, aunque no se explica en virtud de qué experiencia ha llegado á cambiar así de modo de ver. En cuanto á las palabras de Rebeca sobre el efecto mortal del espíritu de Rosmer, quedan absolutamente ininteligibles.

La señora Alving (*Los Aparecidos*, P. 124) trata de

explicar y de excusar los extravíos de su difunto marido con la charla siguiente: «¡Ah!, si hubieses conocido á tu padre cuando todavía era un joven teniente. ¡La alegría de vivir!, parecía personificarla... Comunicaba la alegría, esparcía un aire de fiesta á su alrededor. ¡Y luego esa fuerza indomable, esa plenitud de vida que poseía!... Y de pronto ese alegre niño, porque era como un niño en esa época, se encuentra tener que vivir en una ciudad de provincia que no podía ofrecerle ninguna alegría, sino sólo placeres. Ningún fin que lograr; no tenía más que un empleo; ningún trabajo en que todo su espíritu hubiera podido ejercitarse: sólo una ocupación; ni un solo camarada capaz de sentir lo que es la alegría de vivir: sólo compañeros de ociosidad y de orgía». Esas oposiciones parecen algo; pero si se aplica uno seriamente á buscar en ellas una idea precisa, se convierten en humo. «Fin», «empleo», «trabajo», «ocupación», «camaradas», «compañeros de orgía»,—esas palabras no forman por ellas mismas contrastes, pero llegan á ser tales por la individualidad. En un hombre como es debido coinciden completamente, en un hombre bajo entran en conflicto. La gran ciudad ó la pequeña no tiene nada que ver con eso; para Kant, en la pequeña Königsberg del siglo pasado, el «empleo» era el «fin» y el «trabajo» «la ocupación», y escogía «compañeros» de modo que fuesen al mismo tiempo sus «camaradas», por lo menos hasta el punto que podía encontrarlos; é inversamente, no hay, incluso en la mayor capital, ocupación ni círculo en que un degenerado que lleva consigo la desorganización, pueda encontrarse á gusto y sentir su interior armonioso.

En *Hedda Gabler* encontramos multitud de palabras de esas que aparentan decir mucho, y que, en realidad, no dicen nada. «¡Ah!, has sentido sin embargo, la necesidad de vivir», grita Løvborg á la joven (P. 152), y parece convencido de que le ha explicado algo con estas palabras; y Hedda dice (P. 167): «Le veo ya coronado de

pámpanos, intrépido y ardiente». (P. 176). «Y Eylert Løvborg, coronado de pámpanos, la está leyendo su manuscrito». (P. 182). «¿Tenía pámpanos en los cabellos?» (P. 197). «¿Es pues así, como han pasado las cosas? No ha habido corona de pámpanos». (P. 215). «*HEDDA*: ¿No podría usted arreglar las cosas de manera que eso (su muerte) se hiciese con belleza?—*Løvborg*: ¿Con belleza? (*Sonriéndose*) ¿Con pámpanos en los cabellos?» «Con pámpanos en los cabellos», «la necesidad de vivir», son frases que, en la relación dada, no significan, absolutamente nada, pero que abren campo al ensueño. En reducido número de casos, Ibsen emplea estas expresiones nebulosas soñadoramente confusas de un modo artísticamente justificado, como, por ejemplo, en este pasaje de *Los Sostenes de la sociedad* (P. 53): «*RORLUND*: Dígame usted, Dina: ¿por qué le gusta á usted estar conmigo?—*DINA*: Porque me enseña usted lo que es bello.—*RORLUND*: ¿Lo que es bello? ¿Qué hay de bello en lo que yo puedo enseñar á usted?—*DINA*: Sí... ó más bien, no es que usted me enseñe nada; pero cuando usted habla, me parece que me echo á volar á través de lo que es bello.—*RORLUND*: ¿Qué entiende usted por lo bello?—*DINA*: Nunca he reflexionado en ello.—*RORLUND*: Pues bien, reflexiónelo usted. Veamos, ¿qué entiende usted por lo bello?—*DINA*: ¡Lo bello—es—algo—magnífico y—muy lejano de aquí!» Dina es una muchacha que vive en condiciones tristes y penosas y es psicológicamente exacto que resuma toda su aspiración vaga hacia una existencia nueva y feliz en una palabra de colorido emocional tal como la palabra «bello». Y lo mismo pasa con el diálogo entre Gregorio y Eduvigis (*El Pato silvestre*, P. 90): «*GREGORIO*: Y luego, ha estado (el pato silvestre) en el fondo de los mares.—*EDUVIGIS*: ¿Por qué dice usted en el fondo de los mares?—*GREGORIO*: ¿Cómo tendría que decir de otro modo?—*EDUVIGIS*: Podría usted decir: en el fondo del mar ó en el fondo del agua.—*GREGORIO*: ¿Y por

qué no en el fondo de los mares?—*EDUVIGIS*: Me parece tan raro cuando otros dicen: el fondo de los mares. *GREGORIO*: Y ¿por qué?—*EDUVIGIS*: He aquí; cada vez que pienso en todo eso junto, en lo que hay ahí dentro, me digo á mí misma que el granero y lo que contiene se llama de un solo modo: el fondo de los mares. Pero es tan tonto, ... puesto que es sencillamente un granero (el sitio en que vive el pato silvestre, en que están arrinconados los viejos árboles de Navidad, en que el anciano Ekdal caza conejos, etc.). Eduvigis es una niña exaltada en la edad de la pubertad (Ibsen considera necesario hacer constar expresamente que está cambiando la voz y que le agrada jugar con fuego); es pues, natural que la estremezcan presentimientos, ensueños, instintos oscuros y que introduzca en expresiones poéticas que designan algo lejano y salvaje, tales como: «el fondo de los mares», todo lo incomprendible y lo fabuloso que hierve en ella. Pero cuando, en vez de muchachas en la edad de la pubertad, son personas adultas presentadas como razonables, las que emplean expresiones de ese género, ya no constituyen ensueños psicológicamente justificados, sino una debilidad cerebral patológica.

Á veces estas palabras revisten el carácter de una obsesión; Ibsen las repite con obstinación, sin objeto visible, atribuyéndolas una significación misteriosa. Así se presenta por ejemplo, en *Los Aparecidos* la palabra obscura «alegría de la vida». (Pág. 108): «*OSWALD*. Es la alegría de vivir lo que veía ante mí (al ver á Regina)». (P. 109): «*SRA. ALVING*. ¿Qué me decías de la alegría de vivir?—*OSWALD*. ¡Oh, madre mía, la alegría de vivir!... No la conocéis poco ni mucho en el país éste». (Pág. 120): «Madre, ¿has notado que todo lo que he pintado gira alrededor de la alegría de vivir? La alegría de vivir, por todas partes y siempre». (Pág. 123): «*SRA. ALVING*. Hace un momento, cuando has hablado de la alegría de vivir, todo se ha iluminado para mí, y he visto

bajo un nuevo aspecto mi vida entera... ¡Ah, si hubieses conocido á tu padre!... ¡La alegría de vivir! Parecía personificarla». En *Hedda Gabler*, la palabra «belleza» tiene un papel semejante (pág. 217): «*HEDDA*. Emplée-la usted mismo ahora (la pistola). ¡Y luego, con belleza, Eylert Løevborg!». (Pág. 240): «*HEDDA*. Digo que hay en eso belleza (en el suicidio de Løevborg)». (Pág. 245): «Es un consuelo saber que hay de todos modos algo independiente y valeroso en este mundo, algo que ilumina un rayo de belleza involuntaria. Y he aquí ahora que ha hecho algo grande en que hay un reflejo de belleza». El «pámpano en los cabellos» de la misma obra pertenece igualmente á esta categoría de palabras que responden á una obsesión. El uso de expresiones misteriosas incomprensibles para el espectador y que, ó bien inventa el que las emplea, ó bien les da un sentido propio distinto del uso ordinario, es uno de los fenómenos más frecuentes en los enfermos de espíritu. Griesinger insiste en esto en diferentes pasajes¹, y A. Marie cita algunos ejemplos característicos de palabras y frases inventadas ó empleadas en otro sentido que el habitual, repetidas constantemente por los locos². Ibsen no es un enfermo de espíritu completo, á la verdad, sino sólo un habitante del país-frontera, un «matoideo». La manera de emplear como fórmulas expresiones semejantes, no

¹ G. Griesinger, *op. cit.*, pág. 176. Llama á la formación de palabras nuevas «fraseomanía». Kussmaul da el nombre de *parafasia vesana* «á la formación de palabras nuevas incomprensibles ó al empleo de palabras conocidas en un sentido enteramente extraño».

² Doctor A. Marie, *Estudios sobre algunos síntomas de los delirios sistematizados y sobre su valor*, París, 1892, cap. II: «Rarezas del lenguaje. Neologismos y conjuros hechizadores hablados». Tanzi cita entre otros, los ejemplos siguientes: Un enfermo repetía continuamente: *Questo vero e non falso* (esto es verdad y no falso); otro, comenzaba cada frase con las palabras: *Parola di Dio* (palabra de Dios); un tercero, decía: *Via la brutta bestia* (fuera la mala bestia), y hacía al mismo tiempo una señal de bendición con la

llega pues, hasta la invención de neologismos, como los que cita A. Marie; pero lo que resalta de un modo suficientemente claro de los ejemplos transcritos, es que atribuye á las expresiones «belleza», «alegría de vivir», «necesidad de vivir», etc., un sentido secreto que una razón sana no les reconoce de ninguna manera.

Daremos, en fin, algunas muestras de puros disparates correspondientes á conversaciones en sueños y á los discursos incoherentes é insensatos de calenturientos y de enfermos atacados de manía aguda. Ellida dice (*La Dama del mar*, pág. 19): «El agua de los *fjords* está enferma; sí, enferma, y creo también que nos pone enfermos». (Pág. 53): «Sabes, hablábamos (Ellida y el «extranjero») de las gaviotas, de las águilas y de todas las demás aves del Océano, y entonces, figúrate, me parecía que todos esos seres debían ser de la misma raza que él... ¡Yo! me parecía al fin que también tenía parentesco con ellos...» (Pág. 73): «Creo que si nos hubiéramos acostumbrado desde pequeños á vivir en el mar, en el mismo mar, seríamos tal vez mucho, mucho más perfectos de lo que somos, mejores también y más felices.—ARNHOLM (*bromeando*): Sea; pero el mal no tiene remedio. Así, nos hemos equivocado de camino al hacernos animales terrestres en lugar de ser animales marinos. Desgraciadamente, ya es demasiado tarde para cambiar.—ELLIDA. Dice usted una triste verdad que todos conocemos y he ahí por qué todos sufrimos una pena secreta. Créame usted, la melancolía de la humanidad proviene de eso (!)». Y el doctor Wangel que se nos presenta como un hombre razonable,

mano derecha; un cuarto, mascullaba constantemente: *Volta foglio* (volved la página); otro, en fin, exclamaba con tono de mando: *¡Lips acs livi cux lips suxl*, etc. Un enfermo de Krafft-Ebing (*op. cit.*, pág. 130), formaba, entre otras, las palabras siguientes (en alemán): *Magnetismusambosarbeitswellen* (en castellano: olas de trabajo de yunque de magnetismo), *Augengedankenausstrahlung* (radiación de ideas de los ojos), *Glückseligkeitsbetten* (lechos de felicidad), *Ohrenschlussmaschine* (máquina para cerrar las orejas), etc.

dice por su parte (pág. 98): «Es tan variable (Ellida), tan inconsecuente.—ARNHOLM. Tal vez provenga de su estado de espíritu enfermo.—WANGEL. No exclusivamente; debe ser congénito. Ellida pertenece á las gentes de mar. ¡Esa es la verdadera razón!»

Hay que insistir sobre este hecho que precisamente los absurdos, las frases desprovistas de sentido, vagas, que afectan profundidad, las palabras misteriosas con aspecto de fórmulas y divagaciones de ensueño, son las que han contribuido esencialmente á adquirir á Ibsen su público especial, pues permiten á los histéricos místicos soñar, como Dina, con la palabra «bello», y como Eduviges, con la expresión «en el fondo de los mares». Como no significan nada, un espíritu inatentamente vagabundo puede poner en ellas todo lo que le sugiera el juego de su asociación de ideas bajo la influencia de su emoción momentánea, siendo, además, una materia sumamente fértil para los «comprensivos», á cuyos ojos no puede existir obscuridad ninguna. Los «comprensivos» en efecto, lo explican siempre todo. Cuanto más inmensa es la idiotez, tanto más complicada, ingeniosa y completa es su interpretación y tanto más grande el orgullo desde cuya altura contemplan al «*filisteo*» que se niega enérgicamente á ver en un galimatías otra cosa que un galimatías.

En una zarzuela bufa de las más divertidas del teatro del Palais-Royal, *La Langosta*, un marido que vuelve de improviso á su casa de noche, sorprende á un desconocido en coloquio con su mujer, la cual no pierde la calma y dice á su marido que, habiéndose puesto enferma de repente, ha mandado á la criada á buscar al primer médico que encontrase, y que ese caballero es precisamente el doctor. El marido da las gracias al amante por haberse apresurado á venir en seguida, y le pregunta si ha recetado ya algo; el amante, que naturalmente no es médico procura eclipsarse; pero el esposo, ansioso, per-

siste en pedir una receta, y el galán, que se siente inundado por un sudor frío, tiene que hacerlo. El marido echa una mirada sobre la receta, compuesta de signos absolutamente ilegibles. «¿Y podrá leer eso el boticario?», pregunta inquieto el esposo. «Como si estuviera impreso» asegura el falso médico, que quiere otra vez marcharse, pero el marido le suplica que se quede y le retiene hasta que vuelve la criada de la farmacia. Hela aquí; el galán se prepara en espera de una catástrofe. Pero nada de eso; la criada trae una poción, una caja de pildoras y unos polvos. «¿Le ha dado á usted eso el farmacéutico», pregunta estupefacto el galán. «Pues claro está que sí». «¿Al ver mi receta?» «Naturalmente, con la receta», responde sorprendida la muchacha. «¿Se habrá equivocado acaso el farmacéutico?», interrumpe ansioso el marido. «No, no», se apresura á contestar el amante, pero contempla largo rato los medicamentos y se queda pensativo.

Los «comprensivos» son como el farmacéutico de *La Langosta*: leen de corrido todas las recetas ibsenianas, incluso aquellas—y particularmente aquellas—que no encierran caracteres de escritura, sino sencillamente garabatos sin significación... Y es que su oficio es dar pildoras y electuarios críticos cuando se les presenta un pedazo de papel firmado por un supuesto médico, y los dan sin pestañear, lleve lo que lleve escrito el papel—ó aun que no lleve nada—. ¿No es característico que lo único que uno de esos «comprensivos», el místico M. E. M. de Vogüé, encuentra que alabar en Ibsen, sea precisamente una de esas frases sin significación que he citado más arriba?¹

¹ Vizconde E. M. de Vogüé, *Las Cigüeñas. Revue des Deux Mondes*, 15 de Febrero de 1892, pág. 922. «Ibsen habría ganado nuestro crédito aunque no fuese más que por algunos axiomas (?) que responden á nuestras desconfianzas actuales, como éste... en *Rosmersholm*: «El espíritu de los Rosmer ennoblece, pero mata la felicidad». Estoy convencido de que los «comprensivos» compren-

Debe señalarse también el último estigma del misticismo de Ibsen, su simbolismo. El pato silvestre, en la obra de este nombre, es el símbolo del destino de Hjalmar y el granero al lado del taller de fotógrafo, el de la «mentira vital» que, según Relling, cada hombre necesita. En *La Dama del mar*, Lyngstrand quiere esculpir un grupo que ha de ser el símbolo de Ellida, del mismo modo que el «extranjero» de «ojos cambiantes de pez» es el símbolo del mar, que á su vez, lo es de la libertad, de manera que el «extranjero» es, en verdad, el símbolo de un símbolo. En *Los Aparecidos*, el incendio del asilo es el símbolo del aniquilamiento de la «mentira vital» de Alving, y la lluvia durante toda la obra, el del estado de alma oprimido y triste de los personajes puestos en acción. Las obras anteriores, *Emperador y Galileo*, *Brand*, *Peer Gynt*, están literalmente atestadas de símbolos: cada figura, cada accesorio de teatro tiene una significación que se agrega á la verdadera y cada palabra encierra un doble sentido. Conocemos ya, por la «Psicología del misticismo», esta particularidad que tiene el pensamiento místico de suponer relaciones oscuras entre los fenómenos, tratando precisamente de explicar el encadenamiento de las representaciones completamente incoherentes que surgen en la conciencia por el juego de la asociación automática de ideas, atribuyendo á estas representaciones relaciones ocultas, pero esenciales, unas con otras. Los «comprensivos» creen haberlo dicho todo cuando demuestran, con aires de importancia y una gran satisfacción de sí mismos, que el «extranjero», en *La Dama del mar*, significa el mar, y el mar la libertad.

derían é interpretarían sin ninguna dificultad hasta la expresión «pequeños armarios de apetito de apercepción», que empleaba á menudo una demente del profesor vienés Meynert, ó las palabras de una enferma de Griesinger (*op. cit.*, pág. 176), que decía que «la superiora la transportaba en el tono lateral militar y en el retraso de los dientes», si no se les previniera de que esas frases emanaban de locos encerrados en asilos.

Olvidan completamente que, no sólo hay que explicar lo que el poeta se ha imaginado bajo su símbolo, sino en primer lugar, y particularmente, cómo y por qué ha tenido la idea de servirse de símbolos. Un poeta de espíritu claro llama, de acuerdo con las palabras conocidas del satírico francés, «un gato, á un gato»; es cosa que permite sospechar un trastorno de la actividad intelectual el imaginar un «extranjero con ojos de pez», para expresar una idea tan sencilla como ésta: las personas delicadas que viven en condiciones estrechas, sienten el profundo deseo de una existencia libre, grande, sin trabas. En los locos, la tendencia á las alegorías y á simbolizar es muy frecuente. «Arabescos complicados, figuras simbólicas, gestos y actitudes cabalísticos, interpretaciones extrañas de hechos naturales, juegos de palabras, neologismos y expresiones particulares, cosas frecuentes en la paranoia, dan al delirio un colorido vivo y grotesco»¹, dice Tanzi, que ve en el simbolismo de los locos, como lo hizo Meynert antes que él, un atavismo, pues el simbolismo es en efecto en los hombres de bajo nivel de civilización, la forma habitual del pensamiento. Y sabemos por qué es así; su cerebro no está aún formado para la atención, es aún demasiado débil para suprimir las asociaciones de ideas irracionales y atribuye todo lo que cruza por la conciencia á un fenómeno cualquiera que percibe en el mismo instante ó de que se acuerda.

Con arreglo á todos los estigmas intelectuales de Ibsen que hemos enumerado—sus obsesiones teológicas del pecado original, de la confesión y de la redención; lo absurdo de sus invenciones; las contradicciones perpetuas de sus opiniones inciertas; su modo de expresión vago ó desprovisto de sentido; su onomatomanía y su simbolismo,—se le podría comprender entre los degenerados místicos de que me he ocupado en el volumen precedente; pero sin em-

¹ Tanzi, *Y neologismi in rapporto col delirio cronico*, Turín, 1890.

bargo, se justifica el colocarlo entre los egotistas, porque en su pensamiento, la exacerbación enfermiza de su conciencia del «yo» es aún más patente y más característica que su mismo misticismo. Su egotismo toma la forma del anarquismo: está en estado de rebelión constante contra todo lo existente. No ejercita con relación á esto una crítica razonable, mostrando por ejemplo, lo que es malo, por qué es malo y cómo se podría mejorarlo; no condena sencillamente el hecho de que exista y no tiene más que un deseo: destruirlo. «Destruirlo todo», tal era el programa político de algunos revolucionarios de 1848, y ese programa sigue siendo el de Ibsen, que lo resume con una claridad que no deja nada que desear, en una composición poética conocida: *A mi amigo el Orador revolucionario*, en la cual ensalza el diluvio como «la única revolución que no haya sido hecha por un chafallón que se para en la mitad del camino»; pero el diluvio mismo no fué bastante radical. «Queremos hacerlo más radicalmente, pero necesitamos para eso hombres y oradores. Usted se encarga de inundar el jardín terrestre; por mi parte, yo coloco con delicia un torpedo bajo el arca»¹. En una serie de cartas que su cornac Jorge Brandés ofrece á la edificación de los adoradores de Ibsen, el poeta da muestras plásticas de sus teorías². El Estado ha de ser destruído, habiendo por desgracia la Commune de París estropeado esta hermosa y rica idea por una torpe ejecución. La lucha por la libertad no tiene por objeto la conquista de la libertad, sino que

¹ «Vi vil gjore det om igjen radikalere,
Men dertil fordres baade Maend og Talere.
Y forger fo Bandflom til Verdensparken,
Jeg lægger med Lyst torpedo under Arken.»

Conviene notar el espeso humo auténticamente místico de este pensamiento. El poeta quiere destruirlo todo, hasta el arca que encierra los restos salvados de la vida terrestre; sin embargo, él se ve colocado fuera de la destrucción, es decir que sobrevivirá al aniquilamiento terrestre general.

² Jorge Brandés, *op. cit.*, págs. 431, 435, 438, etc.

es ella misma su propio objeto: cuando se cree poseer la libertad y se cesa de luchar, se prueba que se la ha perdido, siendo lo meritorio en la lucha por la libertad el estado de rebeldía permanente contra todo lo existente que esta lucha presupone. Nada hay que sea seguro ni durable. «Quién me garantiza que en el planeta Júpiter dos veces dos no son cinco?» (Esta reflexión es una manifestación evidente de la locura de la duda, que ha sido muy estudiada en estos últimos años)¹. No hay verdadero matrimonio; los amigos son un lujo costoso. «Me han impedido durante mucho tiempo llegar á ser yo mismo». El culto del «yo» es la única tarea del hombre, y no debe dejarse apartar de él, por ninguna ley ni por consideración alguna.

Estas ideas que expresa él mismo en sus cartas, las pone también en labios de sus personajes dramáticos. Ya he citado algunas frases egotistas y anarquistas de la Sra. Alving y de Nora. En *Los Sostenes de la sociedad*, dice Dina (pág. 23): «¡Si pudiera marcharme!... No viviría con gentes... tan correctas y tan morales... Todos los días veo venir aquí las señoritas Hilda Rummel y Nella Holt, que me traen para que me sirvan de ejemplo. Pero nunca estaré tan bien educada como ellas, ni tampoco lo quiero!» (Pág. 56): «Lo que quisiera saber, sobre todo, es si las gentes de allí (de América) son... muy... muy... excesivamente morales..., si son tan correctos, tan honrados como aquí.—*JOHANN*. En todo caso, no son tan malos

¹ J. Cotard, *Estudios sobre las enfermedades cerebrales y mentales*, París 1891. Se reconoce y describe por primera vez, en este libro, el «delirio de las negaciones» como una forma de la melancolía. El tercer Congreso de los alienistas franceses, que se verificó en Blois del 1.º al 6 de Agosto de 1892, consagró casi todas sus sesiones á la locura de la duda. En un trabajo de F. Raymond y F. L. Arnaud *Sobre ciertos casos de abulia con obsesión interrogativa y perturbación de los movimientos (Annales médico-psychologiques, 7.ª serie, t. XVI)*, se lee en la pág. 202: «Los enfermos se preocupan de cuestiones insolubles por su naturaleza: la creación, la naturaleza, la vida, etc. ¿Porqué son verdes los árboles? ¿Porqué tiene siete colores el arco iris? ¿Por qué no son los hombres tan grandes como las casas?, etc.»

como se cree.—*DINA*. No me comprende usted. Al contrario, yo quisiera que no fuesen tan correctos y tan virtuosos». (Pág. 118): «¡Tengo miedo de tanta respetabilidad! —*MARTA*. ¡Cuánto hemos sufrido aquí por causa de las costumbres, de la decencia! ¡Sublévate, Dina! Ya sobrevendrá algún suceso que llegue á salpicar á toda esta respetabilidad». En *Un Enemigo del pueblo*, declara Stockmann (pág. 262): «No puedo soportar lo que se llama los jefes... Estorban siempre á un hombre libre no importa donde esté y haga lo que haga, y quisiera yo de concierto con vosotros, inventar el medio de aniquilarlos como á animales dañinos». (Pág. 264): «El enemigo más peligroso de la verdad y de la libertad entre nosotros, es la mayoría compacta. Sí, la maldita mayoría compacta y liberal... La mayoría no tiene nunca razón... La minoría tiene siempre razón». Cuando Ibsen no ataca á la mayoría seriamente, se mofa de ella—como por ejemplo, cuando confía á grotescos *filisteos* el cuidado de defender á la sociedad, ó hace poner al descubierto por supuestos radicales la hipocresía de su liberalismo. (*Los Sostenes de la sociedad*, página 205.) El gobernador de la ciudad: «Tú quieres atacar á tus superiores; es tu costumbre. No puedes tolerar autoridad ninguna por encima de ti». *Rosmersholm*, pág. 251: Mortensgaard, el periodista, que se las echa de anticlerical: «Tenemos bastantes libre-pensadores, señor pastor; casi iba á decir que tenemos demasiados. Lo que necesita el partido, son elementos religiosos, algo que imponga respeto á todos. Eso es lo que nos hace muchísima falta.

Con la misma intención de burla anarquista, confía siempre la defensa del deber á idiotas ó á despreciables fariseos. «¿Qué derecho tenemos á la felicidad?» dice el imbécil pastor Manders (*Los Aparecidos*, pág. 58). «No, tenemos que cumplir con nuestro deber, señora, y su deber de usted era permanecer al lado del hombre que había usted escogido una vez y al que le unía un lazo sagrado». En *Los Sostenes de la sociedad*, recae en el tunante Bernick la

tarea de afirmar la necesidad de la subordinación del individuo á la sociedad (pág. 63): «Ni el hombre ni la mujer deben pensar en sí mismos lo primero; todos debemos prestar nuestro apoyo á una sociedad cualquiera, grande ó pequeña». El no menos desdichado gobernador de *Un Enemigo del pueblo*, sermonea así á su hermano Stockmann (pág. 163): «Tienes en todo caso una tendencia invencible á abrirte camino por donde te place, lo cual es inadmisibile en una sociedad bien regulada. El individuo debe someterse al interés general».

Bien se ve la hilaza. Para hacer ridícula y despreciable la idea del deber y de la subordinación necesaria del individuo á la sociedad, Ibsen hace sostener esa idea por personajes ridículos y despreciables. En cambio, las figuras en que reconcentra todos los tesoros de su amor, son las encargadas de defender la rebelión contra el deber, de invectivar ó hacer burla de las leyes, de las costumbres, de la disciplina de uno mismo y de proclamar un egotismo sin escrúpulos como el único guía en la vida.

Las raíces psicológicas de los instintos anti-sociales de Ibsen nos son bien conocidas, pues son la incapacidad de adaptación del degenerado y el malestar perpetuo consecutivo en medio de condiciones á las que no puede acomodarse por sus defectos orgánicos. «El criminal, dice Lombroso, es, por su naturaleza neurótica é impulsiva y por odio de las instituciones que le han castigado ó que le ponen obstáculos, un rebelde político perpetuo latente, que encuentra en los motines el medio de satisfacer doblemente sus pasiones, al mismo tiempo que las ve, por vez primera, aprobadas por un público numeroso»¹. Esta observación se aplica plenamente á Ibsen con la pequeña variante que es sólo un criminal teórico, porque sus centros mo-

¹ C. Lombroso et B. Laschi, *El crimen político y las revoluciones con relación al derecho, á la antropología criminal y á la ciencia del gobierno*. Traducido del italiano por A. Bouchard, París 1892, t. I, pág. 195.

tores no son lo suficientemente vigorosos para transformar en acción sus representaciones anárquicamente criminales, y que encuentra no ya en la rebelión, sino en su actividad de poeta dramático, los medios de satisfacer sus instintos de destrucción.

La incapacidad de adaptación de Ibsen hace de él no sólo un anarquista, sino también un misántropo y le llena de un profundo cansancio de la vida. La doctrina del «enemigo del pueblo» está contenida en la exclamación de Stockmann: «El hombre más poderoso del mundo es el que está más solo», y en *Rosmersholm* dice Brendel (pág. 216): «Me gusta gozar en la soledad, porque entonces gozo diez veces, veinte veces más». Este mismo Brendel, gime más tarde con una alegría mal disimulada (pág. 312): «Me vuelvo á mi casa. Tengo la nostalgia de la gran nada... Pedro Mortensgaard no quiere nunca más de lo que puede; Pedro Mortensgaard es capaz de vivir sin ningún ideal, y ahí es donde está, ya ves tú, todo el secreto de la lucha y de la victoria. Ese es el colmo de la sabiduría en este mundo... La noche oscura, eso es en fin de cuenta, lo mejor que hay. ¡La paz sea con vosotros!» Las palabras de Brendel son especialmente significativas porque, según el testimonio de M. Aug. Ehrhard, Ibsen ha querido pintarse á sí mismo en ese personaje¹; no hay tampoco que olvidar esta pequeña indicación de Brendel (página 218): «Ulric Brendel no acostumbra á hacer que le abran á la fuerza las puertas de esa clase de instituciones (las sociedades de abstinencia absoluta)». Lo que se expresa en esos pasajes es la «repugnancia hacia las gentes» y el «*tedium vite*» de los alienistas, fenómenos que no faltan nunca en las formas depresivas de la enajenación mental.

¹ Augusto Ehrhard, *op. cit.*, pág. 412: «Se reserva (Ibsen) á sí mismo un papel para hacernos conocer de una manera directa sus desilusiones... Se presenta ante nosotros bajo la figura fantástica y atormentada de Ulric Brendel. No nos dejemos engañar por el disfraz original con que se reviste, pues Ulric Brendel, el loco, no es nadie más que Enrique Ibsen, el idealista (?)».